

Porque ya tripulante de la altura
persiguiendo las nubes, sonrefas,
ágil atleta de la risa pura,
al trapecio del cielo te volabas.

Altorrubio, aviador
de dirigibles,
bajo tu alba camisa se moría
la rosa de los vientos.

Más alto aún, más alto
al aire puro,
altorrubio del cielo,
subteniente,
agitando sus manos azuladas
en un ángel de fuego se extinguía.

Enero, 1952

<https://doi.org/10.29393/At409-152APGV10152>

GASTÓN VON DEM BUSSCHE

SI ASI PUDIERA SER

Si así pudiera ser, si todo fuera
volver a rodear el viento, el aire
que suena, está moviéndose, se abre . . .

Volver a asir las páginas que fluyen,
poder hundir las manos
en el rumor que pasa, que está yéndose . . .

Pasando está la flor, la hoja, el aire.
Pasa en dulces sonidos prolongándose
mi corazón antiguo que no para.

Y mira, aquí palpita todavía
musgo, no sé, corteza, piel, ámbar profundo,
esta huella, por fin, que entre los muros,
que por alguna parte de la ausencia
descansa, flota, permanece, aguarda . . .

HISTORIA

I

Crecí en esta ciudad (donde veo tu casa) ,
sufrí, bailé, esperé,
viví en esta ciudad que parece una rosa
mordida de miseria en las orillas,
quebrada en mil fragmentos por el frío
que fluye desde fuera, entra, endurece.

Salí desde una calle hacia la escuela,
salí al agua, a la tierra, al esplendor,
al desaliento, solo.
Nunca supe de aquello
tanto como mi perro.

II

Encendí la ventana
y yo me senté adentro
contra el muro. Escribía.
Tibio y casi inconsciente,
o tenso y solo, en frío.
Mudo o hablando mucho
—era lo mismo—
se me veía pálido.

¡Cuánto juego temible,
cuánto golpe en mí mismo
más de mi corazón y esta miseria
de hombre y de niño, de hombre!
Todo lo que ha pasado
no fue el mundo ni el tiempo ni la tierra.
He sido yo tan sólo.

III

Me fui y volví
me fui y volví.
Quiero irme ahora
y quiero regresar.
¿Estaré un día, cierto,
en mí, por fin?

CUADRO

Dudoso claroscuro del color, modos tenues
y densos en la música de un instante de espacio.
Cortina muy hermosa que se mece y susurra
sin ruido alguno, y flores en un vaso
sobre una mesa de madera ecuestre.
Rosa en centros diversos, varias rosas
cuajadas de su olor, fronda redonda.
Alguien que allí no está, o está contiguo
a mis ojos que miran, a este ámbito,
sentado tras la puerta, existe, calla,
lee un libro abstraído y concentrado,
alguien, yo no sé quién, está sentado
y lee y mira y piensa acaso en flores
en un jarro, unas rosas
que enlazadas componen el meciente
ruedo de amor y aroma y aire y voces.
¡Puerta en el cuadro que detiene un mundo!

DEMOLICION

Rápidamente se construye para el invierno
una morada de desolación.
Nada está donde estuvo y sólo imaginamos
prestando la memoria
la casa que hace días estuvo entre los muros.

Ni ellos, ya, permanecen; se degradan,
y ya se entró la lluvia
en su jardín de escombros, gris y rojo.

Una niña leía sentada al taburete.
Hoy corren los arroyos por los pisos
con las voces que fluyen y se entierran, perdiéndose.
Sin vidrios y sin vigas,
el viento sopla ahora desde adentro
y el invierno, instalado con toda su grandeza,
todo lo borra con vestidos de agua.

Debajo de los lechos corren ríos
y el musgo ya susurra en los ladrillos.
Y no alcanzará a ser, hacemos ruinas
que tampoco envejecen ni perduran.

¿Se construye en la flor de muerte o vida?

LLEGADA A GÖTTINGEN

Eran, así parece, ya las tres de la tarde.
Bajé del tren, tenso en esta pequeña
estatura de hombre,
y ante mí la avenida ancha de la estación
y enfrente, la ciudad donde venía a vivir
desde el otro —¡lejano!— extremo de la tierra.
Anduve, anduve. Cerrada la oficina de extranjeros.
Oscuro gris del día. Anduve. Entraba por las calles
y salía. ¿Dónde estaría
la niña de los gansos?¹
La madre del amigo futuro me escuchó y me miró
y entre un idioma entrecortado por mi lengua,
entendí que no estaba y que volviera
para el próximo día, por la tarde.
Y anduve nuevamente por las calles.
Por las calles andaba aquella gente
que hablaba, no conmigo,
que andaba, no conmigo,
que entraba y que salía, no conmigo.
¿La niña de los gansos, dónde estaba?
Y las calles fluían curvas sobre sí mismas.
Edificios antiguos, maderas entramadas,
y el hotel que no fuera
ni caro ni muy triste,
no era nuevo ni viejo. Al fin entré
en una habitación pulcra y miré
por la ventana. ¿Fue ya de noche?
Afuera, abajo, árboles
al centro de la calle, en rectángulos, fronda
de trecho en trecho en la breve avenida
con nombre de poeta
y, no recuerdo bien, voces en gente
que pasaba y hablaba. Solo, al margen,
en esa habitación colgaba sobre ellos.
Ya no recuerdo bien si me hincé para orar.
Si sentí como un golpe de agua mi extrañeza
en un instante mío que ellos no presintieron.
Después salí a la calle, entré en un cine,
era un film en colores para los colegiales,
alegre, ingenuo, amable,

¹Monumento muy representativo de la ciudad, que se encuentra en la plaza municipal.

comí en un negocito, de pie, creo, y subí
a mi cuarto de hotel
para dormir afuera del futuro
que abriría sus puertas, me hablaría.
Ya sabía de mí seguramente,
recién llegado solo.

IMAGEN O RECUERDO

Cae la nieve, ¿cuándo fue?, la nieve
afuera estaba
inmensa por el aire, deshaciendo sus brazos
a lo alto de la noche, y los árboles, ellos,
antiguos ya, lo antiguo en pie profundizando
memoria y sueño, sonando levemente, espejos
de lo lejano, la llanura
desnuda que en las hierbas
trazaba su distancia, su siempre irse a lo lejos.
La nieve cae, afuera,
los árboles suntuosos
escuchan y nos miran por ventanas, amándonos.
Adentro, con nuestro corazón, estamos.
Friso de juventud que danza, llegado de caminos,
de arrebatados viajes por el ansia, caballos
familiares desbocando y riendo, y la canción, la grácil
canción de siglos, todavía, con su olor de poderosa rama
y su tacto amoroso de corteza, los musgos atraviesa,
esos perfiles, esas combas, se mece en esos brazos.
Danzamos la juventud de qué rojos desnudos
y sonreímos, con gemidos que laten y las alas
mueven y posan, grávidos, sobre la sangre, al ritmo.
Afuera, voces reunidas llegan, ¡oh cargadas de hojas
amarillas y rojas!, y arden altas antorchas.
Amplio era el florecido
ruedo de primavera
girando por colinas y por sueños.

Pero es invierno; muros donde crecían
hiedras, sus olores, tibios por dentro, afuera
sólo son hermosura y permanencia. Y ventanas
adonde vamos como enamorados
a mostrar nuestro oro, nuestro acento,
a la noche, al país, a la existencia
que nos trajo hasta allí, girando en golpes

de la sangre, dulcísimos. Y afuera
cae la nieve, crece su espesura
como todos los sueños, soberanos
de la nostalgia entonces,
soberanos
ahora.

PRIMAVERA, GOTAS

Primavera en la noche, gotas al parabrisas constelado, y las ráfagas
pasan, tibias a tierra, frías a mar, y pesan, fugitivas . . .
La complicada boca de las rosas devora
gotas, se pueblan de tesoros, sumergen
napas de olor, abren punzantes ojos.
El polvo se levanta. ¡Oh noche con las nubes!
Anchas, redondas, dulcemente sombras.
Llueve aquí, llueve allá, a trechos como joyas.
Inmóvil parabrisas del auto detenido entre ráfagas.
Se acribilla de tactos indecibles. Este pez de hojalata
sorprendido.

ALFREDO LEFEBVRE

PARA SIEMPRE

VII

Que familiar estás conmigo, sombra.
Debiera hablarte, me sigues
como paloma, por todo arrullo.

Me acompañas, desierto, como amada.

Si fueras ángel
y me dieras agua.

Si fueras silencio y me cantaras.

Déjame ser de carne,
con la miel de toda tierra.
Y el vino.

Si fueras ángel
y me besaras.

Et lux perpetua luceat eis